ABC
La II Guerra Mundial
87

Agonía y muerte del III Reich

Las últimas horas de Hitler

El crepúsculo del imperio de la destrucción

El colapso final del III Reich vino a coincidir, como era lógico, con el trágico destino de su máximo dirigente. La angustiosa e histérica agonía vivida por el führer en el bunker berlinés, rodeado de un séquito de leales y abandonado por quienes siempre creyó más fieles, concluía con tintes de representación wagneriana.

La muerte de Hitler, innumerables veces puesta en duda por hipótesis tan diversas como débilmente argumentadas, significó antes que cualquier otra realidad secundaria el fin, en el escenario europeo, de la brutal tragedia emprendida por el dictador nazi el 1 de septiembre de 1939. Una huella de sangre y dolor que tardaría muchos años en cicatrizar definitivamente.

PRESO DE SÍ MISMO EN EL BUNKER

En enero de 1945, Hitler abandona su «Oficina 500» –el cuartel general cerca de Bed Nauheim– y regresa a Berlín.

Hasta mediados de febrero vivirá en sus estancias privadas de la vieja Cancillería, mientras mantenía reuniones y conferencias con sus principales colaboradores en la parte nueva del edificio, obra de Speer.

A primeros de abril, cada día más alterado por los continuos bombardeos de la aviación soviética, incapaz ya de conciliar el sueño –apenas dormía de ocho a once de la mañana–, decide trasladarse al «Führerbunker», el refugio en el que habría de representarse el último acto del melodrama nazi.

(Las características del bunker se narran con detalle en la doble página central y en la sección «Volvemos a los escenarios» del presente fascículo.)

A partir de este momento, como coinciden en testificar todas las personas que vivieron junto a él en el bunker, Hitler, prisionero de sí mismo, se convertiría día a día en un auténtico espectro viviente.

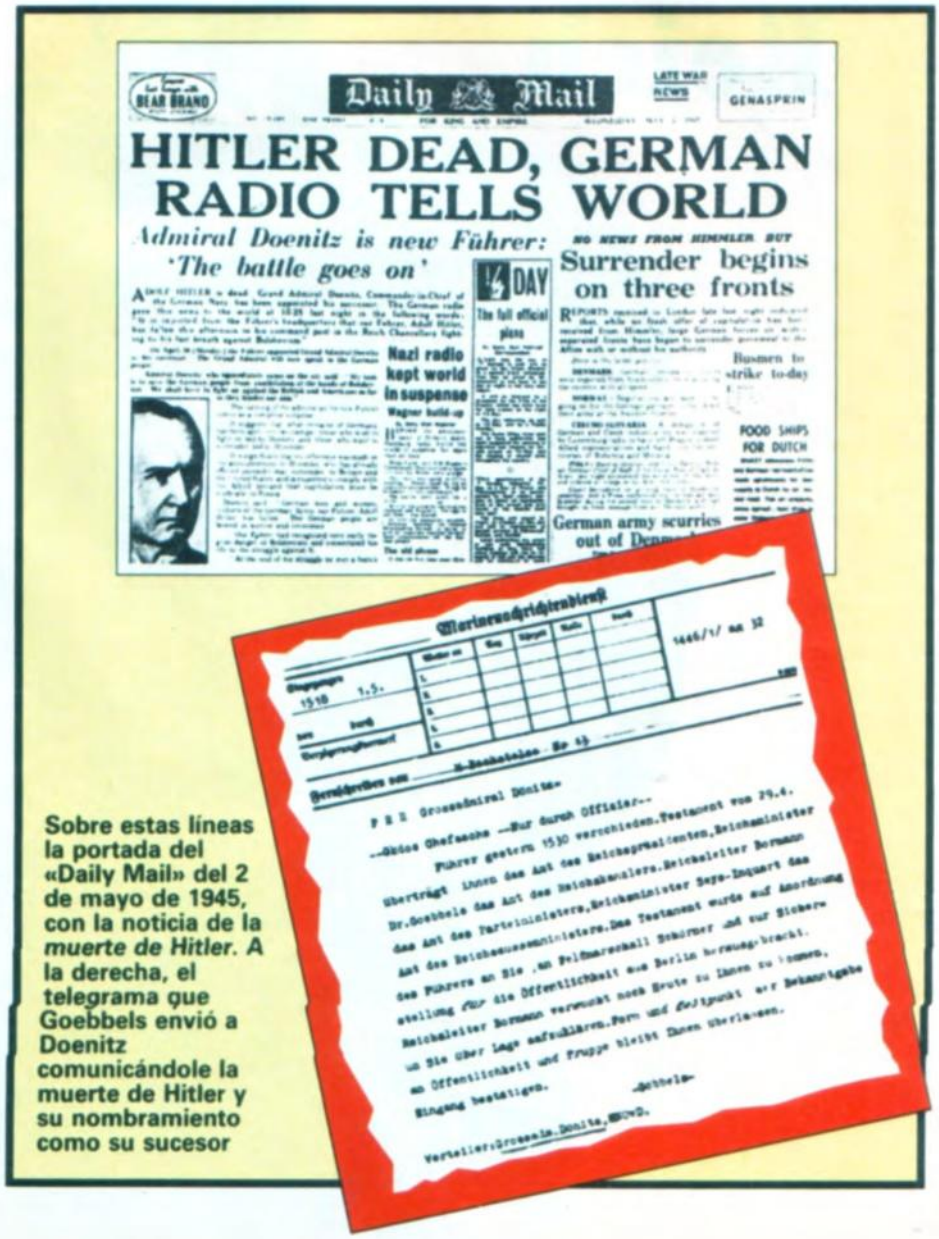
«Su cuerpo ofrecía una imagen terrible. Se arrastraba penosa y pesadamente. El tronco le caía hacia delante y arrastraba las piernas desde sus habitaciones hasta la sala de conferencias del bunker. Le faltaba completamente el sentido del equilibrio: si era detenido en este breve camino, de veinte a cuarenta metros, tenía que sentarse en uno de los bancos dispuestos a lo largo del pasillo, a ambos lados o apoyarse en su interlocutor. Tenía *los ojos inyectados de sangre. Aunque to*dos los documentos que se le pasaban estaban escritos *con letras tres veces mayo*res que las normales, en "unas máquinas de escribir especiales para el führer", sólo los podía leer con gafas de alta graduación. De las comisuras de los labios goteaba frecuentemente la saliva.» Este patético relato fue extraído del diario de operaciones de OKW, escrito por un testigo de los últimos días de Hitler.

EL ÚLTIMO CUMPLEAÑOS DEL FÜHRER

Vivir en el bunker llegó a ser pronto una tediosa rutina ahogada en una atmósfera asfixiante tanto física como psíquicamente. Hitler, perseguido por la idea de morir durante una incursión aérea enemiga, llena sus horas con inútiles reuniones y conferencias, en las que se discute el trazado de la ciudad de Linz, se analiza la situación militar o simplemente se observa cómo el führer juguetea con «Blondi», su perra alsaciana favorita y sus cachorrillos. Una apariencia de normalidad fingida por todos, que poco a poco iría derrumbándose.

El 15 de abril, Eva Braun, la mujer que compartía discretamente su vida desde hacía años, se presenta en el bunker, haciéndole saber su deseo de acompañarle hasta el último momento.

Cinco días más tarde, los grandes jerarcas del régimen se reúnen con motivo de la celebración del cincuenta y seis cumpleaños de Hitler. Goering, Himmler, Goebbels, Ribbentrop, Bormann y Speer y los jefes de los tres Ejércitos se expresa-


Daily Mail

HITLER DEAD, GERMAN RADIO TELLS WORLD

Admiral Doenitz is new Führer:
'The battle goes on'

NO NEWS FROM HIMMLER BUT
Surrender begins on three fronts

Nazi radio kept world in suspense

German army scurries out of Denmark

Sobre estas líneas la portada del «Daily Mail» del 2 de mayo de 1945, con la noticia de la *muerte de Hitler*. A la derecha, el telegrama que Goebbels envió a Doenitz comunicándole la muerte de Hitler y su nombramiento como su sucesor

El 20 de abril de 1945, Hitler celebraba su último cumpleaños siendo felicitado por miembros de las «Juventudes hitlerianas»

ron a favor de la salida del führer de Berlín. El «Alpenfestung», el postrero reducto defensivo que los nazis pretenden ubicar en los Alpes bávaros, está a punto. El pasillo por el que Hitler puede trasladarse hasta él se estrecha día a día ante el doble avance aliado.

Sin embargo, Hitler no ha tomado una decisión en este sentido, y tan sólo se limita a dividir en dos mandos sus fuerzas –septentrional, bajo el mando de Doenitz, y meridional, de Kesselring.

UN ACCESO DE CÓLERA LE DECIDE A QUEDARSE

Al día siguiente, Hitler ordena una ofensiva general contra las tropas soviéticas que cercan prácticamente Berlín. El general de las SS Félix Steiner es el encargado de esta fanática misión.

Toda la mañana del 22 de abril, el führer aguardó con pulso histérico alguna noticia esperanzadora del frente. A las tres de la tarde, cuando se inicia la reunión habitual, Hitler sufre uno de sus más violentos accesos de cólera.

Durante las tres interminables horas que duraría la conferencia, el führer arremetería contra los presentes, contra todos sus jefes militares, a los que acusa de incompetencia y traición, y contra el propio pueblo alemán, del que manifiesta no merecer un jefe como él.

Finalmente, descargada su ira, un Hitler inesperadamente sosegado anunció su decisión de permanecer en Berlín: «Nos comunicó que había decidido permanecer en Berlín, dirigir personalmente la defensa, y si llegaba el momento de la derrota quitarse la vida. Por razones físicas no estaba en condiciones de tomar parte personalmente en la lucha ni deseaba hacerlo, ya que no podía correr el riesgo de caer en manos del enemigo. Todos intentamos disuadirle e incluso discutimos la posibilidad de sustraer fuerzas del frente para enviarlos a combatir al Este. Respondió que las cosas iban muy mal en todas partes y que ya no podía hacerse nada: la decisión a este respecto quedaba en manos del reichsmariscal (Goering). Cuando alguien le insinuó que ningún soldado querría combatir por el reichsmariscal, Hitler replicó: «¿Qué entendéis por combatir? Ya no queda nada por lo que combatir, y si hemos de llegar inexorablemente a las negociaciones, el reichsmariscal sabrá componérselas mucho mejor que yo mismo», relató Jold al general Koller días más tarde.

Esta última frase tendría consecuencias que ni el mismo Hitler alcanzaba entonces a vislumbrar. Koller, jefe de Estado Mayor de Goering, transmite al reichsmariscal los comentarios del führer.

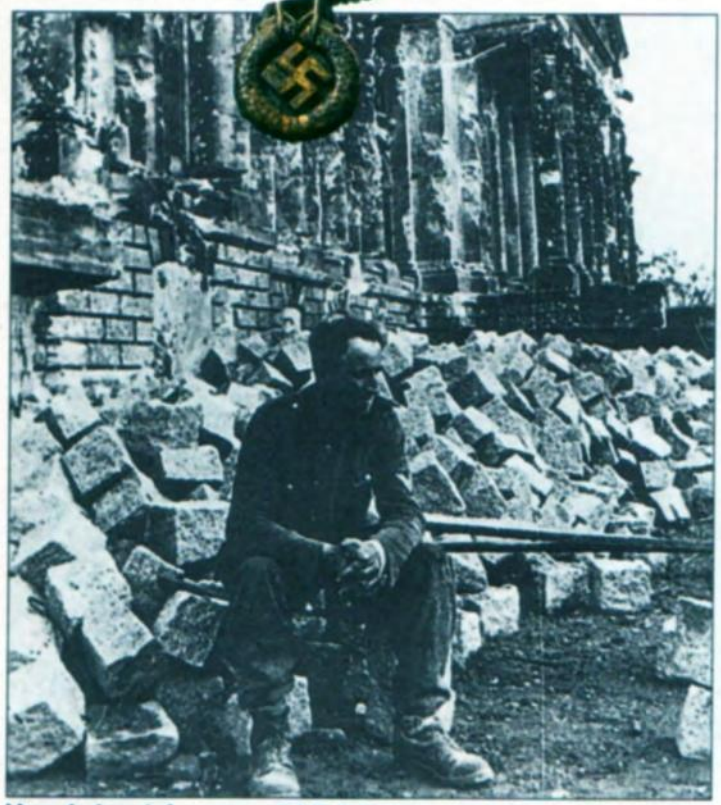
LLEGA LA HORA DE LAS TRAICIONES

Goering, que desde junio de 1941, por un decreto firmado por Hitler, es su legítimo sucesor, le envía un telegrama en términos de sucesión (ver recuadro en página 1381).

Aquella misma noche, Himmler, en Lubeck, se entrevistaba en el Consulado suizo con el conde Bernardotte en un intento por alcanzar un armisticio con los aliados occidentales para luchar conjuntamente «contra la amenaza bolchevique del Este».

Esta doble «traición» será hábilmente utilizada por el intrigante Bormann, que aguardó desde hace años la oportunidad de derribar a Goering y Himmler para convencer a Hitler de la alta traición cometida por ambos.

El führer, más abatido que nunca, tomó entonces su última decisión. La noche del 28 al 29 de abril se retiró con Goebbels y Bormann. Primero consumó la venganza de sus traidores. Fusiló a Fe-



Uno de los defensores del Reichstag, abatido ante las ruinas

El comandante militar de Berlín, el general Karl Weidling

gelein, representante de Himmler ante él, al que de nada le sirvió estar casado con la hermana de Eva Braun. Acto seguido destituyó a Goering y Himmler de todos sus cargos.

BODA CON EVA BRAUN Y TESTAMENTO POLÍTICO

Después, entre la una y las tres de la mañana, Hitler se casó con Eva Braun, en una ceremonia llevada a cabo en la sala de mapas. El oficiante del rito civil fue Walter Wagner, un concejal reclutado por Goebbels mientras luchaba en las calles de Berlín.

Tras jurar su pureza de raza aria, ambos contrayentes firmaron en el Registro, y poco más tarde brindaban con champaña en su cuarto, junto a Bormann, Goebbels y su mujer, los dos secretarios del führer, su ayudante de campo y su cocinera.

En un momento de la celebración, Hitler se retiró con su secretaria, Frau Junge, al local contiguo. Allí dictó su última voluntad y testamento político (ver última página).

Nombra su sorprendente sucesor al almirante Doenitz, albacea a Bormann y a Goebbels canciller. Manda realizar copias que entregó a tres correos con instrucciones para entregarlos al nuevo comandante en jefe del Ejército, mariscal de campo Ferdinand Schoerner; a su sucesor, almirante Doenitz, y para Goebbels.

Ese mismo día llega al bunker la noticia de la muerte de Mussolini y de los ultrajes a que su cadáver y el de su amante Clara Petacci fueron sometidos. La imagen del duce en manos de una muchedumbre hambrienta de venganza, probablemente indujo a Hitler a concretar los detalles de su suicidio.

Al atardecer, Hitler ordenó que sacrificaran a su perra «Blondi», al tiempo que entregaba cápsulas de veneno a sus secretarias. Su chófer Erich Kempka recibió la orden de llevar al jardín de la Cancillería 200 litros de gasolina.

El führer ya sólo comprendía que la muerte rodeara su destino. «Si él debía morir, toda Alemania lo haría con él», le confesó a Goebbels.

LOS MOMENTOS QUE PRECEDIERON AL SUICIDIO

Poco antes, a las dos y media del mediodía, los miembros de su séquito, unas veinte personas, fueron convocados al comedor del bunker. Hitler apareció acompañado por Bormann y, silenciosamente, fue despidiéndose de su peculiar «corte» alineada ante él. Un ritual que repetiría junto a su esposa, Eva Braun, poco después de cenar, la noche del 29 al 30 de abril.

Estaban presentes: Burgdorf, Krebs, Hewel, Neumann, Voss, Rettenhubeer, Hogl, Gunsche, Linge y las cuatro mujeres Christian, Junge, Kruger y Menzialv. Magda Goebbels no fue capaz de aparecer en público y permaneció en su habitación.

Hitler y Eva Braun regresaron a su cuarto y Gunsche se situó enfrente de la puerta para evitar que la pareja fuera molestada. Pasaron unos instantes sin que nada sucediera hasta que, a los diez minutos, Hainz Linge, el camarero de Hitler, decidió entrar para descubrir qué había ocurrido en el interior de la estancia del führer.

«Estaba temblando —confesaría Linge en los interrogatorios posteriormente realizados por las autoridades soviéticas—; la verdad es que simplemente era incapaz de moverme, tenía demasiado miedo».

Fue Bormann quien tomó la iniciativa y en presencia del propio Linge, Gunsche, Goebbels y Neumann halló el cuerpo sin vida de Hitler yaciendo en el sofá con un gran charco de sangre brotando de su sien derecha. Un dato que no confirman otras versiones que aseguran que el führer se disparó el tiro en la boca. Eva Braun estaba sentada con el tronco erguido, con un leve rictus de dolor en el rostro. Había ingerido una cápsula de cianuro. En el suelo, junto a Hitler, una pistola de 7,65 milímetros Welther, humeante aún, y sobre una pequeña mesilla, su pistola de pequeño calibre y unas cápsulas de veneno sin utilizar.

Gunsche llamó al doctor Schumpfegger, que examinó los cuerpos y certificó su muerte.

CEREMONIA DE LA INCINERACIÓN

Junto a Linge y tras oficiales de la guardia personal del führer, Gunsche sacó los cadáveres. El de Hitler, cuyo rostro estaba terriblemente desfigurado, fue cubierto con una manta y llevado al jardín de la Cancillería. Detrás, Bormann portaba el cuerpo de Eva Braun.

Hitler pesaba entonces 76 kilos y fue

Un grupo de infantes y carristas soviéticos observa el globo terráqueo que Hitler tenía en su despacho de la Cancillería

trabajoso sacar sus restos mortales por las angostas escaleras que servían de salida del bunker al jardín.

Los dos cadáveres fueron depositados en una improvisada tumba de escasa profundidad. Gunsche roció los cuerpos con gasolina y les prendió fuego. Una inmensa llamarada les rodeó y los presentes, tras realizar el saludo hitleriano, se refugiaron en el bunker, ante la presencia de bombarderos soviéticos sobre el cielo de la Cancillería.

EL TRÁGICO FINAL COLECTIVO DE LOS GOEBBELS

A las cinco de la tarde del 1 de mayo, Magda Goebbels acostó a sus seis hijos, tras haber tomado unas tabletas de chocolate con tranquilizantes. Una vez dormidos, ella misma les administró veneno.

A las ocho y cuarto de la tarde, Goebbels y su esposa se suicidaron, ella ingiriendo cianuro y él de un tiro en la nuca instantes después de envenenarse.

Sus cuerpos fueron también rociados con gasolina y prendidos, pero los cadáveres nunca llegaron a arder completamente, de ahí que cuando los soviéticos los hallaron fueran fácilmente reconocibles.

Aquella noche del 1 de mayo se produjo un intento de fuga en masa del bunker, siendo la mayoría de sus «inquilinos» hechos prisioneros por las tropas rusas. Al día siguiente, el Ejército Rojo tomaba la Cancillería y entraba en el Führerbunker.

El Alto Mando soviético no tuvo noticias de la situación de Hitler hasta que supo de la celebración de su cincuenta y seis cumpleaños, a través de la Prensa.

A primeras horas de la mañana del 1 de mayo, Zhukov, comandante del I Frente Bielorruso, recibió una carta firmada por Bormann y Goebbels que informaba de la muerte de Hitler, por lo que solicitaba el alto el fuego para emprender negociaciones de armisticio. El día 2 los soldados del teniente coronel Klimenko hallaban los cuerpos de Goebbels y su esposa en el jardín de la Cancillería y, dentro del bunker, los cadáveres del general Krebs y de los seis hijos de Goebbels.

El día 4 eran descubiertos restos humanos en una pequeña tumba cercana a una de las salidas del bunker, pero inicialmente no despertaron el interés de los oficiales soviéticos encargados de esta investigación preliminar.

Pocos días antes, un cadáver en la piscina del jardín fue identificado como el del führer por el almirante Voss, dado su gran parecido con Hitler. Sin embargo, las confesiones de los testigos del suicidio y el testimonio de un miembro del Cuerpo diplomático soviético que había conocido a Hitler rechazaron esta falsa pista.

De ahí que se recurriera nuevamente a los restos anteriormente citados.

En la misma tumba fueron hallados dos perros muertos. Los restos humanos, introducidos en féretros de madera, fueron trasladados al hospital de Buch.

El testimonio de Harry Mengershausen, un miembro de la guardia personal del führer, testigo presencial de la incineración de Hitler y Eva Braun, relató con

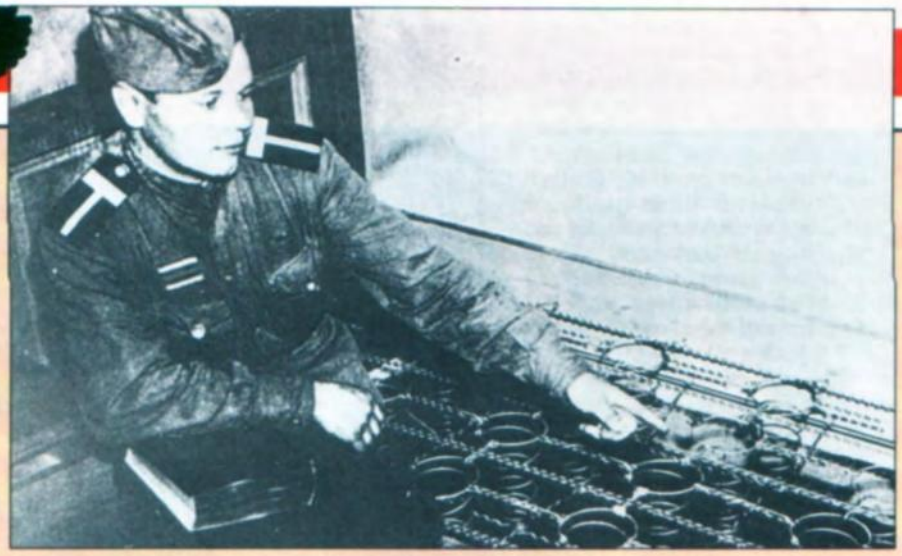
La «traición» de Goering

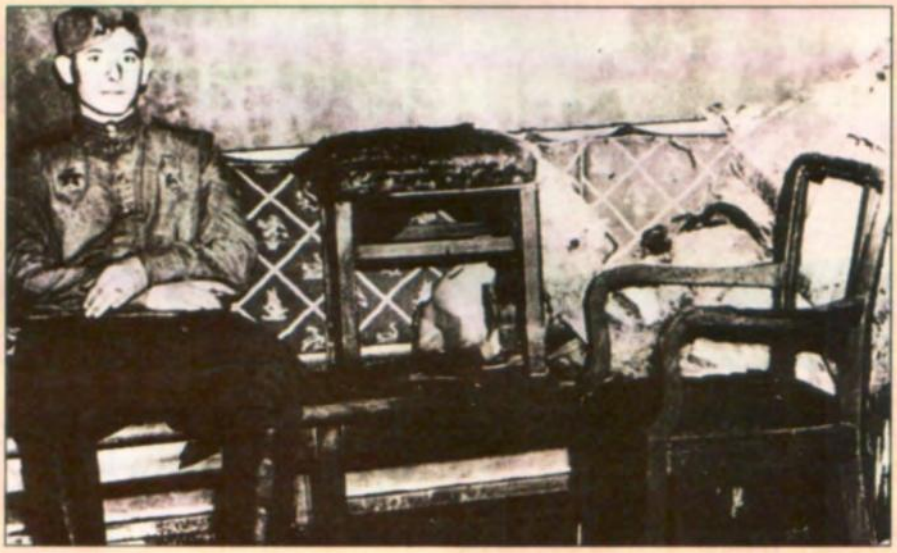
La noche del 23 de abril Goering enviaba el siguiente telegrama a Hitler:

«Considerando su decisión de mantenerse en su puesto en la fortaleza de Berlín, ¿está de acuerdo en que yo tome por completo e inmediatamente a mi cargo la dirección del Reich, con plena libertad de acción tanto para los asuntos interiores como para los exteriores y, como delegado suyo, de acuerdo con los términos del decreto del 29 de junio de 1941? Si no recibo ninguna respuesta antes de las 10 de esta noche, llegaré a la conclusión de que ha perdido usted su libertad de acción y que, por lo tanto, entran en vigor las disposiciones tomadas en aquella fecha, por lo que actuaré del modo más conforme con los intereses de nuestro país y de nuestro pueblo. Usted conoce bien mis sentimientos hacia su persona en esta hora que es la más crítica de mi vida. No encuentro palabras con que expresarme. Que Dios le proteja y le permita reunirse con nosotros cuanto antes.

Su fiel

Hermann Goering.»





todo detalle a las autoridades soviéticas los hechos acaecidos en el bunker y jardín de la Cancillería.

LA PRUEBA DEFINITIVA DE LA DENTADURA

La principal prueba esgrimida hasta nuestros días sobre la identificación de los cadáveres se efectuó gracias a la comprobación de las prótesis dentales que especialmente fueron realizadas para Hitler.

Sin embargo, y sorprendentemente, todas las especulaciones sobre la veracidad de estas investigaciones provendrían de la parte soviética, la misma que las había llevado a cabo. Primero sería Zhukov, quien en conferencia de Prensa aseguró que no tenían certeza sobre la identidad de los restos hallados.

En el mes de septiembre, los soviéticos acusaban a los británicos de dar refugio en algún lugar secreto a Hitler y Eva Braun. Hugh Trevor Roper fue comisionado por el M15 –servicio secreto inglés– para investigar lo sucedido con el mandatario del III Reich. Sus conclusiones serían publicadas en su libro «Los últimos días de Hitler», en 1947.

En él, Trevor Roper no dejaba lugar a dudas sobre el destino final de Hitler y su esposa. «Sus huesos jamás fueron encontrados. Acaso se mezclaran con los restos de los soldados que cayeron en la defensa

La versión soviética de la muerte de Hitler

«La primera noticia de la muerte de Hitler la recibimos el 1 de mayo de 1945, después del encuentro de V. Sokolovski y V. Chulkov con el general alemán Krebs (acerca de estas conversaciones se escribe con detalle en las Memorias de G. Zhukov y V. Chuikov). Pero era difícil creerlo, puesto que los restos de Hitler no pudieron encontrarse. Se carecía de datos sobre la suerte de Goebbels, que, según Krebs, era ahora el principal en el bunker bajo la Cancillería Imperial... Pasaban los días. Cayó Berlín y empezó la capitulación de las tropas alemanas fascistas, pero en el EMG no se sabía una palabra del paradero de los jerarcas del Estado hitleriano. A nuestras preguntas telefónicas respondían lacónicamente: buscamos... Cierto que la mañana del 3 de mayo la respuesta fue un tanto diferente: habían encontrado algo parecido a Hitler.

En la noche del 4 de mayo, cuando A. Antonov y yo llegamos al despacho del jefe supremo con el parte ordinario de la situación de la jornada transcurrida, Stalin puso ante nosotros un telegrama de G. Zhukov y K. Teleguin, en el que se decía:

«El 2 de mayo de 1945 en la ciudad de Berlín, en el recinto de la Cancillería Imperial del Reichstag, en la Wilhelmstrasse, donde en los últimos tiempos se encontraba el Cuartel General de Hitler, fueron descubiertos cadáveres quemados en los que se ha identificado al ministro imperial de Propaganda de Alemania, doctor Goebbels y a su esposa.

El 3 de mayo, en este mismo recinto de la sede de Goebbels... fueron encontrados los cadáveres de los seis hijos de Goebbels. Todos los indicios hacen suponer que fueron envenenados con un tóxico muy activo.

El teniente general camarada Vadis, jefe del Servicio de Contraespionaje del primer Frente de Bielorrusia, mostró personalmente los cadáveres hallados al almirante Voss, representante personal del gröss-almirante Doenitz en el Cuartel General de Hitler; a Schneider, encargado del garaje de la Cancillería del Reich; al cocinero Langue; a Zien, jefe de las dependencias técnicas de la Cancillería Imperial, todos ellos detenidos, identificaron en los restos humanos hallados a Goebbels, su esposa y sus hijos.»

En el telegrama no se decía nada de Hitler muerto o vivo. «El camarada Zhukov duda también de la muerte de Hitler –dijo después Stalin, acercándose al escritorio a por otra porción de tabaco para la cachimba–. A los canallas fascistas no se les puede creer nunca. Hay que ver lo que hay, si realmente quedaron con vida los jerarcas del Estado hitleriano. Comprobar todo.»

A continuación, tomando el teléfono, llamó a uno de los comisarios de la Seguridad del Estado, ordenándole que mandara a Berlín a un funcionario de experiencia al que entre

Distintas fotografías de la habitación del bunker donde se suicidaron Hitler y Eva Braun, tomadas por los aliados pocos días después de su conquista

de la Cancillería. Los rusos practicaron registros y encontraron algunos de estos cuerpos. Tal vez, así parece haberlo declarado Gunsche, se recibieron las cenizas en una caja y se llevaron fuera de la Cancillería. Quizá no sea preciso buscar explicaciones complicadas. Tal vez las investigaciones hechas no se hayan efectuado con la diligencia y el esmero debidos. En cualquier caso, la última ambición de Hitler quedó satisfecha. Como Alarico, enterrado secretamente en el lecho del Busento, el moderno azote de la Humanidad ahora se encuentra al abrigo de toda indiscreción», concluía Roper.

Evidentemente, la especulación se adueñó sin escrúpulos de la realidad histórica y dio origen a multitud de hipótesis y fantasías sin fundamento alguno. Los soviéticos hacían públicas sus conclusiones en un informe en 1968, en el que establecían como causa de la muerte de Hitler el envenenamiento por cianuro y aseguraban haber reconocido los restos del führer.

Paradójicamente, después de haber certificado dicha teoría el mariscal Sokolovsky ante Cornelius Ryan, en 1963, nada menos que Stalin, aquel mismo año, afirmó a Harry Hopkins que, en su opinión, Hitler no había muerto y se ocultaba en alguna parte.

De nuevo el misterio ocultaba la verdad. En todo caso, las más modernas investigaciones efectuadas en el Reino Unido y en los Estados Unidos y respaldadas por prestigiosas Universidades y notables historiadores aceptan como más fiable el testimonio de Trevor Roper. Sea como fuere, para la Historia, aquel 30 de abril de 1945 moría Adolfo Hitler, el führer del III Reich, el hombre que precipitó al mundo al borde del abismo.

otras misiones se le encomendara también cerciorarse de la muerte de Hitler.

En Berlín, K. Teleguin y el Servicio de Contraespionaje del Frente realizaban ya el trabajo necesario. Los médicos hicieron una minuciosa autopsia anatomopatológica de los cadáveres de la familia de Goebbels y de Krebs. Se estableció con absoluta exactitud que su muerte se había producido por envenenamiento con sustancias cianicas muy activas. Pronto hubo necesidad de hacer la autopsia de otros cadáveres, hombre, mujer, y dos perros, encontrados por el mismo grupo de Klimenko en uno de los embudos, en el jardín de la Cancillería Imperial, cerca de la salida de urgencia del refugio gubernamental. Los cadáveres de las personas, ligeramente cubiertos de tierra, estaban muy quemados y era imposible identificarlos; se exigían los procedimientos exactos forenses. Ayudaron en ello los especialistas estomatólogos que habían puesto dentaduras postizas a Hitler y a su amante: reconocieron la particularidad de las prótesis, sólo propias de su trabajo, y repararon en ciertas particularidades anatómicas de las cavidades bucales de sus antiguos pacientes. Los anatomopatólogos, a su vez, confirmaron la exactitud de las declaraciones de los especialistas. Después de esto ya no hubo dudas: los cadáveres, abrasados hasta el punto de no poderlos reconocer, era lo que quedaba de Hitler y de Eva Braun, que compartió su suerte con él. El análisis confirmó la misma causa de la muerte que en la familia de Goebbels: envenenamiento por compuestos cianicos muy activos, en ella, y él por un disparo.

Los restos de los perros, encontrados en el mismo embudo, fue fácil identificarlos con ayuda de los prisioneros que servían en la Cancillería Imperial: eran los dogos personales de Hitler, muertos también a consecuencia de una dosis de cianuro de potasio. En ellos, como se supo después, se había comprobado previamente la acción del veneno.

Las investigaciones de los expertos terminaron después del día en que se había firmado la capitulación incondicional de Alemania. Paralelamente se interrogaba a los prisioneros que habían estado relacionados con la Cancillería Imperial, así como a los ciudadanos alemanes, capaces de una u otra forma de hacer luz en los últimos días de algunos de los criminales hitlerianos.

Ya más tarde conocí, en parte, las declaraciones de Helmut Kunz, médico de la Cancillería Imperial. Precisamente a él se dirigió el 27 de abril de 1945 Magda Goebbels, pidiéndole en nombre de su marido y en el suyo propio que le ayudara a quitar la vida a sus hijos. El médico accedió. El 1 de mayo, por la tarde, tomó de manos de Magda una jeringuilla con morfina y preparó una inyección a los niños para que se durmieran. Sin embargo, Kunz no tuvo valor para llevar el crimen hasta el fin. Entonces la madre pidió ayuda al médico personal de Hitler, quien, junto a ella, introdujo a cada niño en la boca una ampolla con veneno...»

(Memorias del general Schtemenko. Editorial Progreso. 1977.)

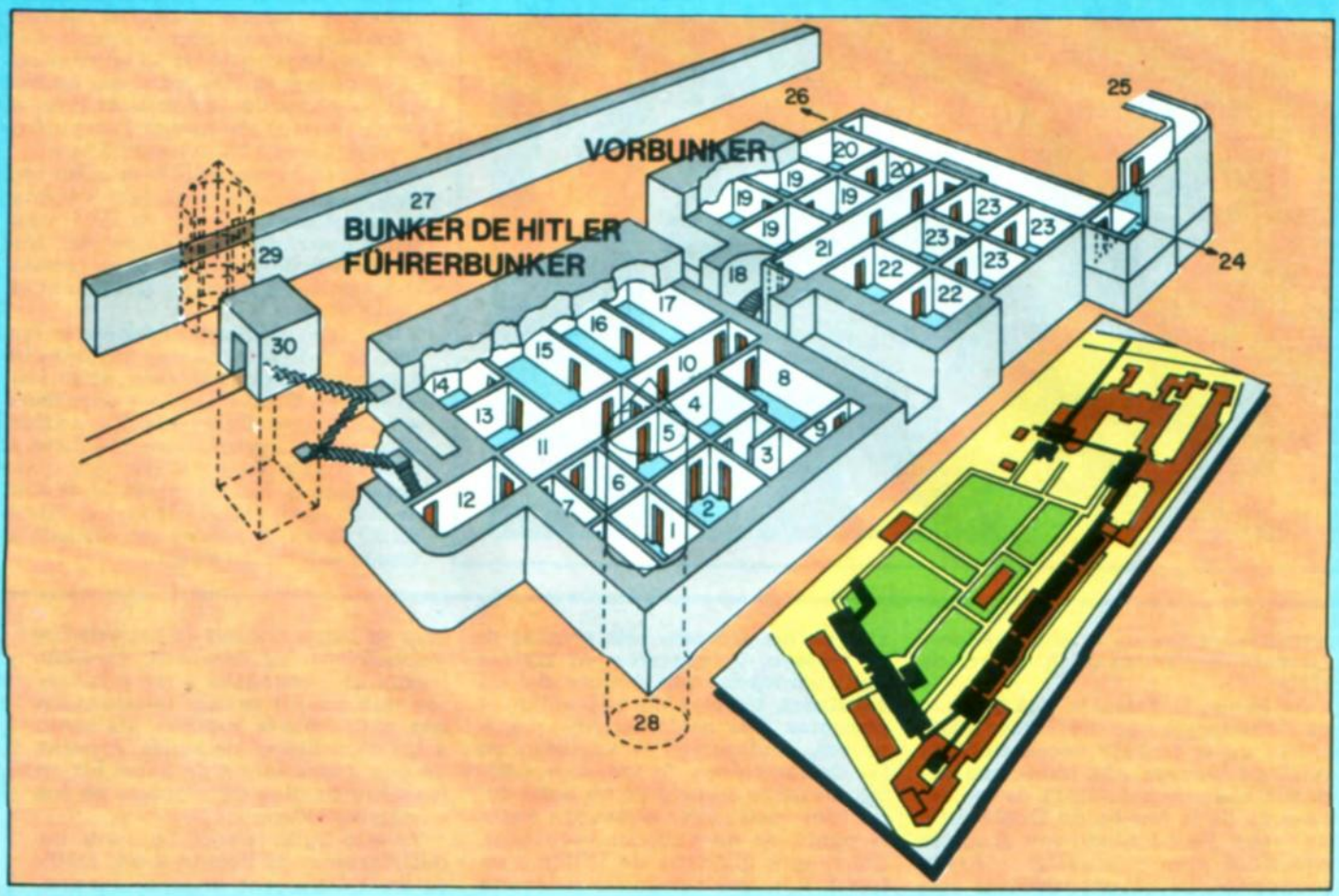
El Bunker y todos sus protagonistas

Axmann

Baur

Von Below

Bormann



Burgdorf

Hitler y Eva Braun

Christian

Fegelein

Goebbels

Günsche

Johannmeyer

Junge

Kempka

Krüger

Linge

Magda Goebbels y sus hijos

Misch

Mohnke

«FÜRERBUNKER»

1. Habitación de Hitler.
2. Salón privado de Hitler.
3. Baño y vestidor.
4. Habitación y salón de Eva Braun.
5. Despacho de Hitler.
6. Sala de conferencias.
7. Cuarto de basuras.
8. Servicios.
9. Cuarto del cuadro eléctrico.
10. Pasillo.
11. Sala de reuniones.
12. Cuerpo de la Guardia personal de Hitler.
13. Habitación de Goebbels.
14. Consultorio médico.
15. Despacho de Goebbels.
16. Centralita telefónica y despacho de Bormann.
17. Generador y planta de ventilación.
18. Escaleras de comunicación con el «Vorbunker».

«VORBUNKER»

19. Habitaciones de la familia Goebbels.
20. Cuartos del servicio.
21. Pasillo y cantina.
22. Despensa, cámaras frigoríficas y bodega.
23. Cocinas.

EXTERIOR

24. Entrada desde la nueva Cancillería.
25. Pasillo de conexión con el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de Propaganda.
26. Salida al jardín del Ministerio de Asuntos Exteriores.
27. Muro de la Cancillería.
28. Torre de observación y ventilación.
29. Torre de ventilación que no llegó a concluirse.
30. Salida de emergencia a los jardines de la Cancillería.

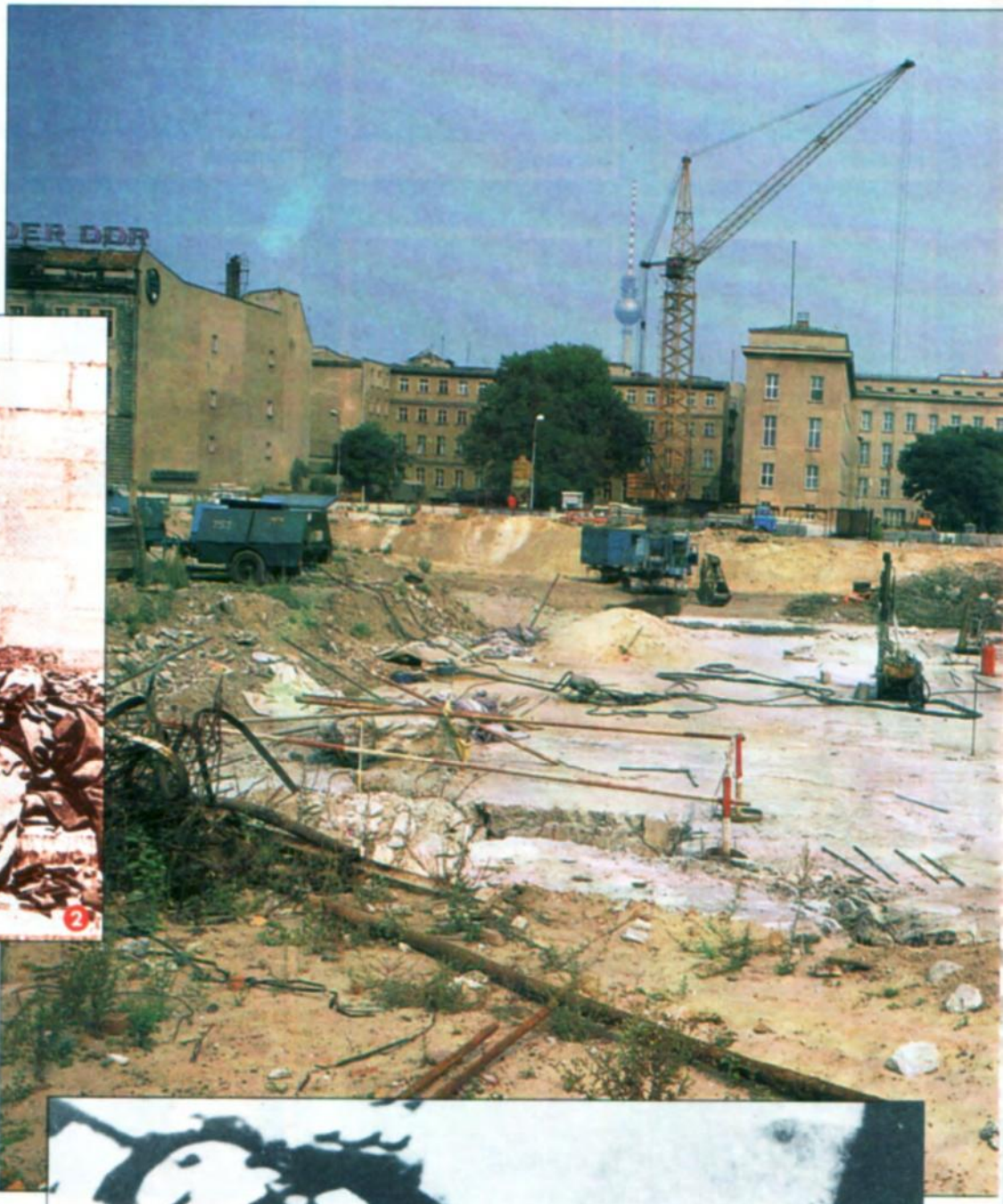
Rattenhuber

Schaub

Stumpfegger

Weidling

VOLVEMOS A LOS ESCENARIOS



1. Una de las águilas, tradicional símbolo del poder nazi, de la fachada de la Cancillería, observada por soldados soviéticos.
2. El cadáver de un civil alemán, en las escaleras principales de la Cancillería, cubierto por cascotes.
3. Las obras que han supuesto la demolición efectiva del bunker de Hitler, en el Berlín oriental.
4. El cadáver que las autoridades rusas confundieron en un principio con Hitler.
5. Churchill recorre las ruinas de la Cancillería alemana, aprovechando su estancia en Berlín, durante la celebración de la Conferencia de Potsdam.
6. La habitación de Hitler y Eva Braun, en el bunker.

La última visita al escenario del suicidio del führer

El bunker de Hitler

El lugar que Hitler eligió para morir estaba perfectamente acorde con el destino que para sí había decidido.

A 15 metros bajo tierra, el führer agotó sus días en un laberinto de oscuras estancias de frío hormigón. Un increíble paraje que ha permanecido oculto por los escombros y bajo el más absoluto secreto, por parte de las autoridades soviéticas de Berlín-Este, hasta su reciente demolición.

LAS «CLOACAS» DE SPEER

La primera excavación realizada bajo los jardines de la antigua Cancillería, en 1936, sirvió para la ubicación de un bunker de reducidas dimensiones.

Al estallar la guerra, un túnel conectó el citado bunker con la nueva Cancillería, obra de Albert Speer. A partir de este momento, el laberinto de túneles, que llegó a recorrer todo el área de edificios públicos del Berlín del III Reich, se propagó como un auténtico reguero de pólvora.

Años más tarde, en 1943, se construiría un segundo bunker, más profundo y más espacioso, ante la amenaza de ataques aéreos aliados.

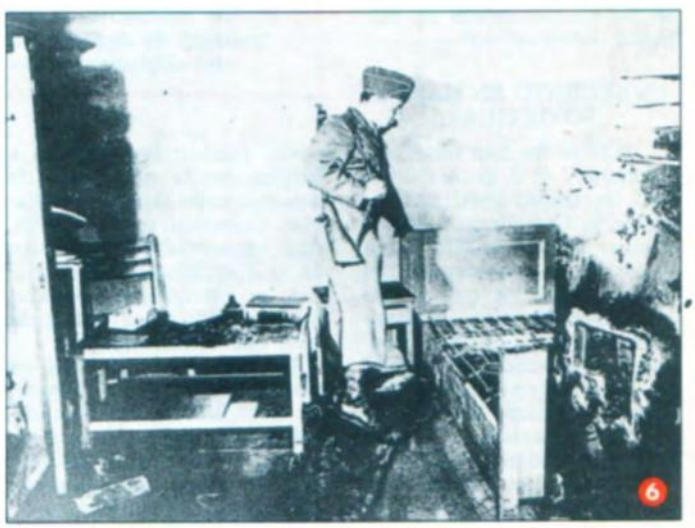
Ambos, convenientemente conectados por escaleras, constituyeron las dos plantas del «Führerbunker».

Allí se trasladaría Hitler, rodeado de sus más leales colaboradores y sus documentos más secretos, a principios de abril de 1945, para no salir nunca con vida de él.

Todo el bunker estaba cubierto por una sólida bóveda de cemento armado, de 2,2 metros de espesor. Se accedía a él desde la Cancillería por una escalera que conducía a los bajos a través del recibidor de la cocina. Al final de la escalera había un reducido espacio, cerrado por tres puertas herméticas al aire y al agua. Una daba al recibidor indicado; otra, por medio de una escalera, conducía al jardín del Ministerio de Asuntos Exteriores, y la tercera constituía la entrada al refugio.

DOS BLOQUES CON 30 HABITACIONES

El bunker constaba, en realidad, de dos partes claramente diferenciadas, el «Vorbunker» y el «Führerbunker», propiamente dicho. El primero tenía doce habitaciones, del tamaño de un armario grande de pared, seis a cada lado de un pasillo central. Se empleaban para ocupar los ratos de ocio y como alojamiento del servicio, in-



cluida la cocina, donde se preparaba la dieta vegetariana de Hitler.

El extremo del pasillo central servía de comedor a todos los habitantes del refugio, y de él partía una escalera de caracol que conducía a un segundo espacio más profundo aún y de mayores dimensiones, el «Führerbunker».

Contaba con dieciocho habitaciones desproporcionadas e incómodas. El contraste con el espectáculo de lujo derrochado en la Cancillería era increíble.

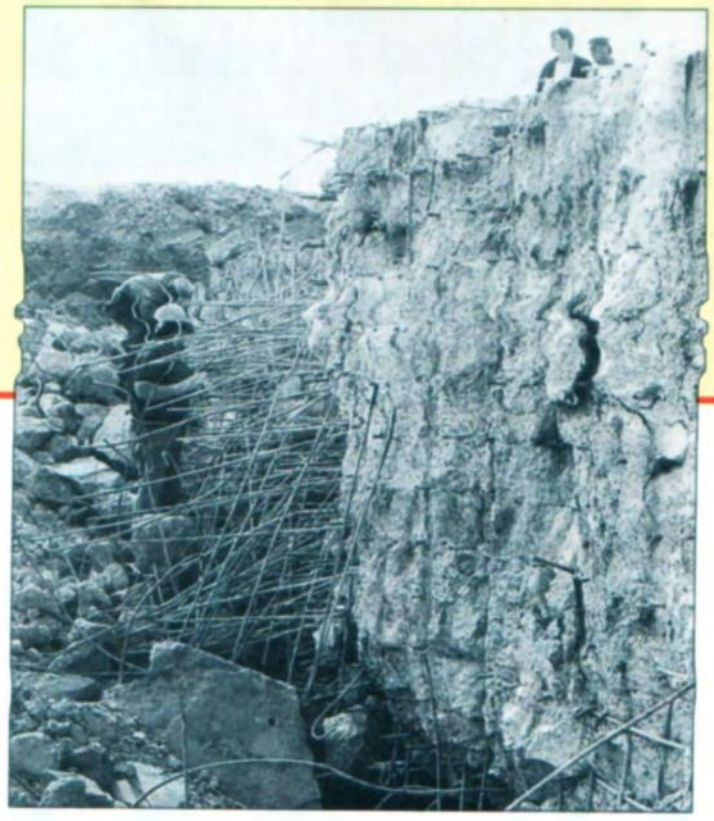
La mitad del corredor central estaba cortado por un tabique y se empleaba para las reuniones diarias. Hitler y Eva Braun disponían de un departamento especial compuesto por seis habitaciones. Eva tenía una alcoba, un baño y un vestidor. Hitler, por su parte, utilizaba su habitación y un estudio decorado exclusivamente por un retrato de Federico el Grande.

El resto del espacio se distribuía entre una sala de mapas, una centralita telefónica, una central eléctrica y las habitaciones de los centinelas. Goebbels, al igual que Stumpfegger, el médico del führer, eran los únicos huéspedes del bunker. Magda Goebbels y sus seis hijos vivían en el piso superior, ocupando cuatro habitaciones.

En los alrededores, en otros bunkers construidos al efecto, se albergaban Bormann con sus colaboradores, y en otro, Mohnke, el oficial jefe de guardia SS de la Cancillería.

El aspecto de las estancias era tan frío como desolador. Prácticamente carecía de decoración y la escasa altura de sus techos, provocaba un *ambiente claustrofóbico.*

Las obras llevadas a cabo en la zona permiten observar los muros de hormigón armado del bunker



***Un momento de los trabajos de demolición* del «Führerbunker»**

UN SECRETO EN MANOS SOVIÉTICAS

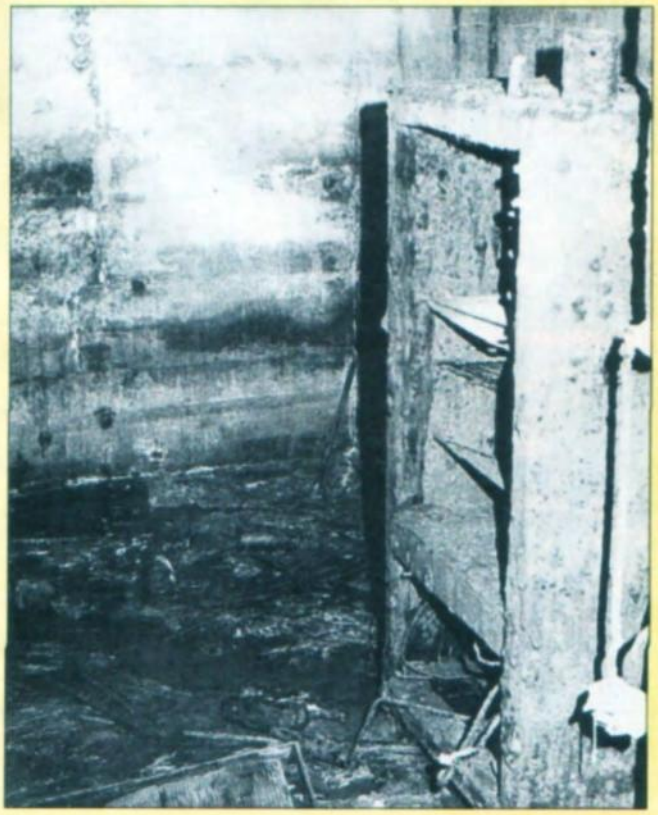
Como se ha narrado anteriormente, el 2 de mayo de 1945 las tropas soviéticas tomaban la Cancillería y descubrían el bunker de Hitler. Un grupo de supervivientes del mismo, entre los que se encontraban Mohnke, Rattenhuber, Baur, Günsche, Högl, Linge, Hentschel, el ingeniero de mantenimiento del *bunker*, y *Misch*, el operador de comunicaciones, fueron hechos prisioneros.

Interrogados durante varios meses, en el verano de 1946, fueron conducidos a Berlín desde el campo de concentración donde se hallaban recluidos en la URSS. Allí reconocieron los restos de la Cancillería y recorrieron las estancia del bunker, describiendo la utilidad de cada una de las estancias.

En 1959, los ingenieros soviéticos iniciaron los trabajos *de demolición del bunker*. Sobre los antiguos de la Cancillería se construyó un parque de recreo. Sin embargo, las explosiones no fueron ca-

Antes de efectuarse su demolición, las estancias del bunker presentaban este aspecto tenebroso

Durante casi cincuenta años, el bunker permaneció en un estado de total abandono, por lo que el mobiliario y diversos objetos de los días de la guerra se hallaban intactos, salvo por el efecto del agua que se había filtrado en el interior



paces de destrozar las antiguas instalaciones del «Führerbunker», el más profundo de todos, como se ha indicado.

A principios del año 1988, las autoridades de Berlín Este decidieron reurbanizar el área que ocupara la Cancillería en tiempos del III Reich, con el fin de construir un millar de pisos que proporcionarían vivienda a unas tres mil personas. El polígono debe ser habitable en 1991.

Evidentemente, la hora final del bunker había llegado, ya que las labores de cimentación obligaban a remover todos los terrenos que ocupa el mismo.

Con el pretexto histórico de cumplirse el cincuenta aniversario del inicio de las obras de la nueva Cancillería, de Speer, solicitamos permiso a las autoridades berlinesas para visitar los restos del bunker. Sorprendentemente nos fue concedido y tuvimos la ocasión de asistir, semanas antes de producirse la definitiva demolición, a finales de abril de 1988, a un espectáculo interesante.

El bunker aún guardaba en sus entrañas numerosos objetos de los últimos días del III Reich, evidentemente castigados por el paso del tiempo. Uno podía revivir, sin necesidd de efectuar complicados ejercicios de imaginación, las escenas de histeria vividas por los jerarcas nazis en aquel angosto espacio. Un escalofrío recorrió nuestros cuerpos cuando entramos en la alcoba de Hitler. Seguía pesando la Historia, y un inconfundible olor a muerte inundaba los pasillos.

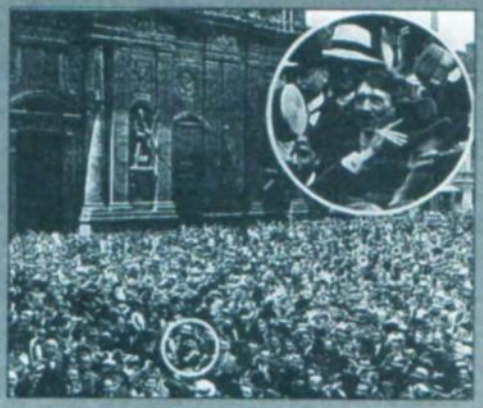
Hoy, con medio siglo de retraso, la pesadilla se ha disipado. No quedan restos del último escenario del nazismo. El III Reich ha desaparecido tras las dentelladas secas de las máquinas excavadoras.

(Textos y fotos: After the Battle).

El álbum de Hitler

A la edad de seis meses

En el colegio en Braunau



El día que se declara la I Guerra Mundial

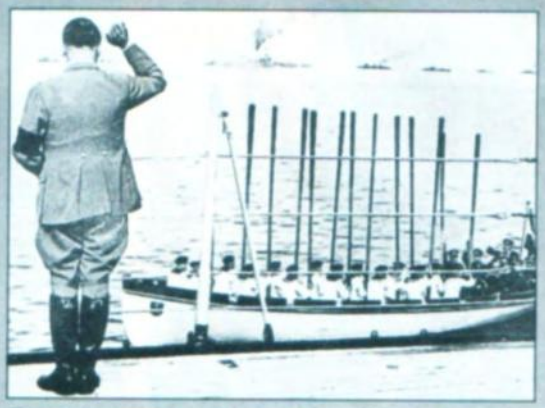
Retrato fechado en 1920

Congreso del Partido celebrado en el año 1932

Con miembros de las SA

Foto propagandística de su gira a la Baja Sajonia

En su casa de campo bávara de Obersalzberg



En el transcurso de unas maniobras navales

Saludando a una niña

En Munich con Mussolini

Junto a Chamberlain en 1938

Inspección de obras públicas

Congreso del Partido de 1938

Con su colaborador Goering en Obersalzberg

En Nürenberg, en 1923

En los años de la creación del Partido Nazi

Un alto en la campaña electoral de 1933

Es nombrado canciller

Retrato oficial para las FAS

Cartel de propaganda

Secuencia de algunos momentos en actos oficiales

Bayreuth, en el centenario de Wagner

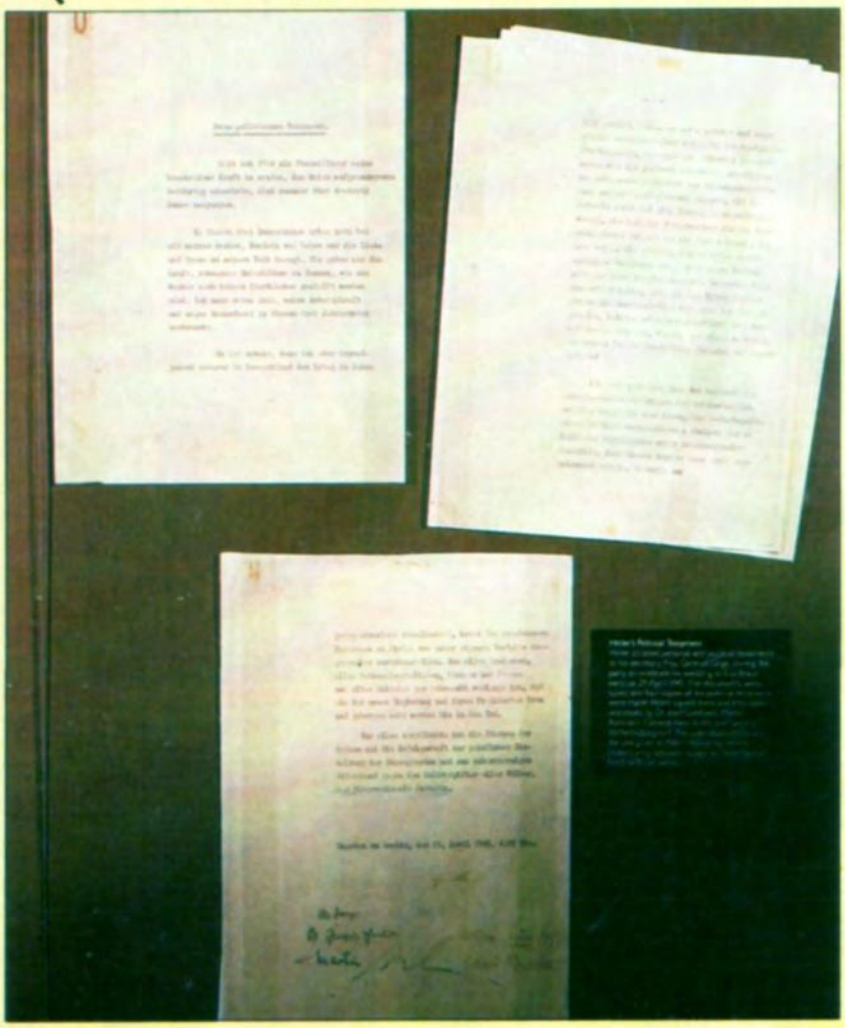
Retrato oficial, año 1934

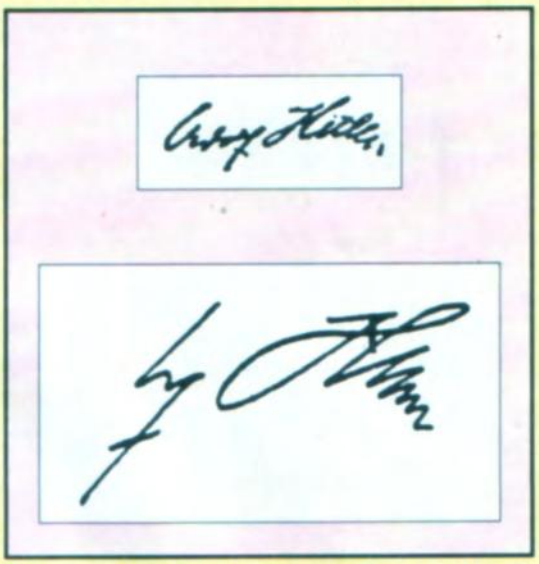
Con la dotación de un buque de guerra alemán

Su gran momento, París

Última y penosa imagen, en el asedio de Berlín

El testamento político de Hitler





Estas son las dos principales firmas –la primera anterior a la segunda– que los mejores historiadores y estudiosos de la documentación nazi han reconocido como de Adolf Hitler

Una de las tres copias que el führer mandó realizar de su testamento político, que actualmente se conserva en el Imperial War Museum de Londres

«No he cambiado en nada»

«Más de treinta años han pasado desde que en 1914 intervine, como voluntario, en la Primera Guerra Mundial, un conflicto que se le impuso al Reich.

En estos tres decenios, mi conducta ha sido guiada únicamente por el amor y la fidelidad hacia mi pueblo...

No es verdad que yo, ni nadie en Alemania, haya querido la guerra de 1939. Esta fue deseada y promovida, exclusivamente, por aquellos estadistas internacionales que eran de origen judío o defendían los intereses judíos. Muchas veces propuse llegar al control y limitación de los armamentos, y la posteridad no podrá ignorar mis esfuerzos en tal sentido. Por otra parte, nunca quise que después del desastroso fin de la Primera Guerra Mundial, el segundo conflicto tuviese que oponer Alemania a Gran Bretaña o a América. Pasarán los siglos, y de las ruinas de nuestras ciudades nacerá y crecerá el odio contra aquellos que, en última instancia, son los responsables de todo: el sionismo internacional y todos cuantos le ayudaron...

Asimismo he demostrado claramente que si alguna vez ocurre de nuevo que las naciones europeas sean consideradas nada más que acciones destinadas a ser adquiridas y vendidas por los conspiradores internacionales que actúan en el mundo del dinero y de las finanzas, la responsabilidad recaerá sobre aquella raza que es la verdadera culpable de esta sangrienta lucha: los judíos...

Después de seis años de guerra, que pasarán un día a la Historia como la más gloriosa y alta demostración de firmeza de carácter de una nación, no puedo abandonar la ciudad que es capital del Reich.

Decido, por lo tanto, permanecer en Berlín y aquí, por mi libre voluntad, darme muerte en el momento en que considere no poder mantener más mi posición de führer y de canciller.

Muero feliz en cuanto soy consciente de la grandeza de todo lo que nuestros soldados han hecho en los frentes. Desde lo más profundo de mi corazón expreso a todos vosotros mi agradecimiento, y es obvio mi deseo de que, precisamente con este motivo, por ninguna razón suspendáis la lucha, sino que, por el contrario, continuéis combatiendo contra los enemigos de la Madre Patria... Del sacrificio de nuestros soldado y de mi unión con ellos hasta la muerte brotará en la historia de Alemania la semilla de un radiante renacimiento del movimiento nacionalsocialistas, que conducirá a la realización de una verdadera comunidad de naciones...

(...) Ruego a los jefes del Ejército, de la Marina de Guerra y de la Aviación que refuercen por todos los medios el espíritu de resistencia de nuestros soldados y el sentido nacionalsocialista, recordando especialmente el hecho de que yo mismo, fundador y creador de este movimiento, he preferido la muerte a la vil abdicación o una rendición.

Quiera el cielo que en el futuro fome parte del Código de Honor del oficial alemán el principio –ya asimilado por nuestra Marina– de que la capitulación de un distrito o de una ciudad es imposible y de que los jefes deben marchar a la cabeza de sus hombres para dar ejemplo de fidelidad al deber hasta la muerte.»

Editado por PRENSA ESPAÑOLA, S. A., en colaboración con Europa Press Reportajes – D. L. M.-1463-1989